

CARTAS AL DR. CARLOS J. FINLAY

Gijón, 26 de enero de 1901.

Sr. Dr. Carlos Finlay.

Habana.

Queridísimo amigo mío:

Rebosando de emoción gratísima he leído la bondadosa espístola con que quiso usted favorecerme para darme cuenta de los éxitos alcanzados recientemente por la teoría del mosquito en la transmisión de la fiebre amarilla, ideada por usted, con clarividente acierto, y con tanta convicción como firmeza defendida año tras año, contra la indiferencia, el desdén y hasta la burla de nuestros más esclarecidos colegas.

Loado sea Dios, que le ha permitido a usted, asistir a la apoteosis de benemérita labor.

Mucho habría gozado mi espíritu, si hubiese tenido la dicha de figurar entre los obsequiantes, en esa solemne fiesta médica celebrada en honor de usted y coronada por el espontáneo aplauso de todos los concursantes, entre los cuales me complace mucho notar, algunos de nuestros más apasionados impugnadores de ayer, que, seguramente, serán hoy adeptos convencidos de las dotrinas ahora felizmente comprobadas por la Comisión Americana.

El triunfo de la verdad científica por usted sustentada, el premio concedido a la fe y perseverancia con que prosiguió usted a través de mil escollos, la difícil tarea de penetrar los arcanos de la fiebre amarilla y de esclarecer problemas tenidos durante mucho tiempo por insondables, crea usted, mi buen amigo, que me ha llenado de regocijo y, desde este rincón del viejo continente, le envío un entusiasta saludo, y, desde aquí, unos humildes plácemes a los valiosísimos cuanto calurosos que le fueron otorgados p^{or} propios y extraños en la memorable noche del 22 de diciembre último, discerniéndole la palma de la victoria.

De hallarme yo presente en aquel acto, en aquella festividad consoladora, consagrada a las más nobles y cariñosas expansiones del alma, (si bien se tomase como pretexto las expansiones del estómago), nadie mejor que yo hubiese podido rendir un sincero homenaje de admiración al héroe de la jornada, a mi querido Carlos Finlay; por que nadie mejor que yo pudo ser testigo de sus esfuerzos y afanes ni aquilatar las superiores cualidades de investigador profundo y concienzudo que en él culminan, si bien el genio y la virtud se ocultan difícilmente, aun cuando quiera cubrirse con el manto de adorable modestia, como le ocurre al amigo a quien aludo.

Sí, amigo mío, aunque esto le desagrade, tolere usted, en gracia a la distancia que nos separa, que yo entone este cántico de alabanza, en su loor, para satisfacer de este modo los impulsos de mi corazón, que amar en esa tierra cubana, donde se deslizaron los más y los mejores años de mi existencia, al calor de afectos tan dulces, tan arraigados y cordiales como el que usted me dispensa.

Ha sido usted verdaderamente el Cristo de la doctrina redentora de la fiebre amarilla y no le faltaron doctores y fariseos detractores ni las persecuciones de la envidia, ni la befa y escarnio de vanos cuanto pretenciosos charlatanes (testigo el doctor Gibier) ni los azotes y espinas de acerba crítica, ni la hiel y vinagre de enfadosas controversias llevadas fuera del terreno científico; en fin, todo un calvario que supo usted soportar con resignación filosófica, más aún, con evangélica mansedumbre, alcanzando yo el honor de ser, junto a usted, a veces el Cirineo de esta Pasión y siempre el discípulo consecuente, tan adicto a la doctrina como a la persona del Maestro.

Plugo al fin a la Providencia Divina que sonara la hora del *Resurexti* y entonces, ofrécese a la contemplación del mundo la simpática personalidad del doctor Finlay glorificada cual se merece, rodeada de todos los prestigios conquistados en humanitaria lid envuelta en esplendoroso nimbo de luz, cuyos destellos radiantes hieren la vista de los incrédulos de ayer. Bien tributado está ese honor a quien inventó la afortunada teoría del culex, a quien con su inteligencia esclarecida y sus bien dirigidas energías pudo, en colaboración con dicho díptero, descubrir una verdad de tanta trascendencia, una verdad que hoy los sabios extranjeros proclaman y aceptan como base positiva de ulteriores adelantos para la profilaxia del más temible azote de los extranjeros en las Antillas.

No tengo palabras con qué expresarle mi agradecimiento por el testimonio y cariño que usted, me ha consagrado al recordar y evocar en ese día fausto de la glorificación de su obra, mi insignificante persona, por el pobre concurso que me fue dado prestarle en las investigaciones científicas a quien

benevolamente quiso usted asociarme desde sus comienzos. Conozco de sobra toda la fineza de sus sentimientos, para adivinar lo que en aquellos momentos de suprema satisfacción pasaría por su alma, y estoy intimamente persuadido de cuanto le hubiese agradado a usted, que yo participase de sus alegrías. Pero cuando así no ha sucedido, es con toda evidencia, porque *no debía* ser de otro modo; por tanto, mi buen amigo, habremos de conformarnos con los providenciales designios, siempre acertados y justos.

Sírvase comunicar al doctor Pedro Albarrán, lo mucho que estimo y le agradezco el recado afectuoso que, en aquellos placenteros instantes del banquete, tuvo a bien transmitirle para mí, acreditando con ello su carácter siempre bondadoso y consecuente. Yo le correspondo gustoso, profesándole una amistad sincera, y todo el aprecio de que él es digno.

Con vivo interés y suma complacencia he saboreado el contenido de los recortes de la prensa habanera que usted me incluye.

El de «La Lucha» con mucho *fufú* y *poco ñame-ñame*, escrito en ese chispeante argot peculiar del conde Kostia (título que ha debido venir muy a menos con la transformación política de Cuba). Pláceme los encomios que hace del descubrimiento y del descubridor, pero sentarían mucho mejor, en opinión mía, despojados de la hueca y *candorosa* patriotería que en el fondo de ellos palpita: quizás haya creído su autor que así lo exigían las circunstancias actuales.

Más sobrio, pero sustancioso y serio, encuentro el artículo dedicado a la descripción de la fiesta gastronómico-científica por «La Discusión». Su lectura ha cautivado mi atención y sobre todo el discurso del doctor Guiteras, con el sencillo e ingenuo relato de los experimentos realizados por la Comisión Americana y la comprobación indubitable de la teoría del culex mosquito; haciéndome sentir una satisfacción indescriptible, la exposición discreta de los hechos observados con criterio imparcial.

Y nada digo del gusto que me ha dado la prolija relación que contiene la carta de usted, sin dejar de lamentar de que fuese víctima de un tan improvisado experimento como el del doctor Lazear, este profesor que, por lo visto, fue el caso que *medio* convenció a nuestro amigo el impugnado doctor Sternberg, de la verdad de que los mosquitos podían recoger de los enfermos de la fiebre amarilla (no en la superficie cutánea) algo que fuese susceptible de transmitir dicha enfermedad.

Por lo demás, observo que si, con más abundancia de recursos que nosotros, han podido los comisionados americanos variar ingeniosamente los ensayos, poco o nada añaden, bajo el punto de vista de los elementos de convicción, a los datos que tuvimos ocasión de recoger en la crecida serie de

inoculaciones practicadas en individuos cuya historia nos fue dado conseguir por espacio de años enteros. De ellos hicimos méritos en ocasiones varias, y recuerdo muy bien que, en la información médica abierta por los americanos sobre la fiebre amarilla, entre los profesores de La Habana, tanto usted como yo, en nuestros respectivos informes publicados en la «Crónica Médico-Quirúrgica», al tratar de los medios preservativos, hablamos de la inoculación preventiva por medio del culex mosquito.

Ahora es de esperar que, con nuevo ardor y en esfera de acción mucho más amplia, se prosiga seriamente el estudio de tantos y tantos otros problemas de interés vital como extraña la enunciada enfermedad. Por de pronto, como la aplicación más útil y práctica del conocimiento adquirido estriba en la profilaxia de las inoculaciones, ya se verá el modo de generalizar éstas, aunque sea con las modestias inherentes a la casa, conservación, etc., del díptero.

Cuando se descubra el *por qué*, de este medio preventivo y se sepa cual sea *en realidad* el micro-organismo productor de la enfermedad de que tratamos, entonces será fácil estudiar la interesante cuestión de sus toxinas y la manera de obrar de las mismas, ya como elemento patógeno, ya como profiláctico. Porque si resultase bien comprobado que en la mayor distancia entre la primera contaminación del mosquito y la inoculación, entonces habrá que creer que probablemente no es la acción directa del micro-organismo, sino el de sus toxinas el agente infeccioso.

Celebro que se halle usted en correspondencia con el Dr. Sanarelli (cuyos pretendidos descubrimientos y no sé que hasta ahora hayan servido para sanar a nadie de la Fiebre Amarilla). El ha experimentado las toxinas de su bacilo, que seguramente no es otro que el *coli* cuyo polimorfismo y su *facultatividad anaerobia* le hacen muy apto para despistar a cualquier experimentador. Bien dice Ud. que su teoría sobre la infección homo-gástrica secundaria de la Fiebre Amarilla, viene a ofrecer a dicho profesor una buena tabla de salvación para el Bacilo que tanto ruido ha metido en las regiones científicas de América y Europa.

Pídeme Ud. noticias de mis propios experimentos en mi nueva esfera de acción y con relación de ellos le diré: que en el transcurso de dos meses recorrí media Europa (la mayor parte de Francia, Bélgica, Alemania e Inglaterra) sin dejar de visitar, por supuesto las maravillas que encerraba en todas las manifestaciones del saber humano, la grandiosa Exposición Universal de París.

Con el caudal de conocimientos recogidos en ese viaje, hecho en compañía de dos comisionados más, pude confeccionar una interesante Memoria, que

ha servido para encaminar la instalación, en vasta escala, de una fábrica de vidriería que abarca todos los ramos de esta industria, y al presente estamos en vías de erigir las construcciones necesarias para ver si se inauguran algunos de estos ramos el mes de octubre o noviembre de este año. También tenemos muy adelantadas las obras para una fábrica de harinas capaz de moler 40 000 kilos diarios de trigo, fábrica montada a la altura de las mejores de su clase, pues casi todo el trabajo se realiza automáticamente.

Hasta ahora todo marchaba bien, pero recientemente ha ocurrido una huelga de obreros y los patronos confederados para defenderse contra las exigencias incesantes de los obreros agremiados, acordaron paralizar todos los trabajos de sus fábricas y talleres; aquí nos tiene Ud. sufriendo las consecuencias de semejante colisión, sin que sepamos cuándo ni cómo se arreglará este litigio perturbador. Mientras tanto esta provincia ha sido declarada en estado de guerra, para evitar temibles alteraciones del orden público siguiendo el tan conocido *si vis pacem bellum*.

Toda mi familia disfruta de excelente salud, pero sobre todo a quien le ha convenido muchísimo el trasplante, según podrá imaginar, es a Abelardo, cuyo estado anémico me inquieta bastante, aun cuando no me atreviese a decirlo. Así que la permanencia aquí por ahora, me complace más que nada por el niño, que va aprovechando los efectos del clima tónico para su desarrollo y aumento y vigorización de las *hematíes*.

El bueno de nuestro común amigo Prendes y su esposa, que siempre le recuerdan a Ud. con afecto vehemente, le agradecen infinito sus memorias y se las devuelven impregnadas de cariño que Ud. les inspira. Crea el Dr. Prendes ha gozado tanto como yo mismo con la noticia de sus triunfos y se asocia a los parabienes sinceros que yo le dirijo.

Y ahora que del Dr. Prendes hablo le diré que él me puso en relación con el eminente Dr. Federico Rubio, a quien tuve el gusto de conocer y saludar aquí. Díjome ser conocedor de nuestros trabajos e hízme justos elogios de la reputación que tiene Ud. conquistada, recomendándole con insistencia que le transmitiese sus recuerdos junto con el testimonio de lo mucho que le distingue.

Si Ud. quisiese enviarle cualquier trabajito para su Revista Médica, que es una publicación bien redactada en la cual colaboran profesores de gran nota, de seguro le estimaría mucho el Dr. Rubio. Cuando mis demás ocupaciones permitan vagar mi espíritu, veré si dedico alguna elucubración científica para la Revista. Hasta ahora no me he dado a conocer en público como médico pero pienso inscribirme pronto en el Colegio Médico de esta villa pues, en ello tiene empeño el Dr. Prendes.

Que tan buena como fue para Ud. la despedida así lo sea la continuación del nuevo; que prospere Charles en consideración profesional; que a todos les alcancen los favos, es de la fortuna hasta donde les convenga; que tanto Adela como Ud. logren el colmo de sus mayores deseos y satisfacciones, es cuanto así Lola como yo les deseamos y, entre tanto quiere Ud. secundar sus gratísimas epístolas, le envía un estrecho abrazo su devoto amigo.

CLAUDIO DELGADO.

Gijón 16 de mayo de 1903

Sr. Dr. Carlos Finlay.
Habana.

Inolvidable y buen amigo:

Antes hubiese querido dirigirle unas líneas dándole noticias de lo que hicimos en Madrid los defensores de su mosquito, pero mis numerosas ocupaciones me lo priva ion. Hoy me propongo siquiera sea de modo rápido poner en conocimiento suyo, que, a virtud de una carta que el bueno de Santos Fernández me dirigió a Madrid, solicitando mi concurso para presentar los trabajos relacionados con Ud. y la fiebre amarilla, acudí seguidamente a la palestra, encargándome de redactar la comunicación que en nombre colectivo hicimos al Congreso en la Sección de Higiene del día 26.

La circunstancia de haber presidido la sesión de ese día, Santos Fernández permitió el que yo pudiese leer el trabajo en español y en francés para que todos se diesen cuenta de la materia, dando cierta longitud a la discusión entablada sobre el mismo. El asunto fue muy bien acogido y despertó mayor interés, del que pude yo sospechar y tanto que se nos pidió explicásemos más exactamente el particular en una conferencia en el Ateneo, ruego a que accedimos gustosos para satisfacer los deseos tan vehementemente manifestados por los concurrentes a la sesión del Congreso.

Y en efecto al día siguiente por la noche bajo la presidencia del amigo Santos, dimos la conferencia cuyo texto le incluyó, trabajos, tanto éste como la comunicación, que me vi precisado a confeccionar en breves horas con los folletos de Ud. que tenía Santos, pues de otra suerte me hubiese visto apuradísimo para salir del trance. Lamento yo que Ud. no me hubiese comunicado con anticipación su deseo de presentar al Congreso los resultados de su inspiración y nuestra labor, porque hubiese tenido gusto en hacer algo bien me-

ditado y mejor preparado de lo que todo ha salido con lo preciso del tiempo. Conste, empero que así y todo hizo eco para restablecer la verdad de las cosas y repercutió de modo muy grato en el elemento médico español, el saber que un cubano y un español habían trabajado con el mosquito antes que los americanos, a quienes exclusivamente se atribuía el descubrimiento y por ende, el milagro de acabar en un santiamén, con la fiebre amarilla en la Habana.

Tan pronto como aquí se supo, por lo que los periódicos de Madrid decían, del éxito obtenido por los médicos cubanos entre los cuales tenía yo el honor de figurar, recibí un cariñoso y expresivo telegrama del elemento americano de Gijón (aquí llaman americanos a los que estuvieron en América) felicitando a todos e invitándoles a visitar esta región, donde se les preparaba un recibimiento obsequioso, porque los gratos recuerdos de esa tierra palpitan en la colonia americana que había querido significar en la persona de los médicos cubanos la gratitud y el amor que conservan a aquel país. Pero quisieron las circunstancias que no fuese posible complacer a los gijoneses porque concluidas las tareas del Congreso Internacional marcharon Gustavo López y Multer para Barcelona quedando Santos (que tuvo a su esposa en cama casi todo el tiempo que permaneció en Madrid) para asistir al Congreso Hispanoamericano, dos de cuyas sesiones presidió él, una un médico chileno y otra yo, en ausencia de Santos; pues la galantería del Dr. Calleja, presidente efectivo, hacía ceder su puesto a los americanos.

Me regocija el poder decirle, que tanto el Dr. López como Santos Fernández, muy especialmente este último, mostraron el más vivo interés, el más decidido empeño en dar relieve y enaltecer como se merece el nombre y la obra de Ud. esforzándome yo por mi parte en hacer lo propio. Seguramente que Ud. encontrará deficiencias y lagunas en lo que se ha hecho, pero no ha sido por falta de buena voluntad, sino por la precipitación con que tuvimos que prepararlo todo.

Sé que excelente amigo Santos, siempre tan vehemente y decidido por aquellos a quienes distingue con su afecto, defendió con calor los derechos de Ud. al premio de Moscou, que hubiese él logrado se lo adjudicasen, a no haber mediado la oposición de los compatriotas de Sannarelli; que determinó al tribunal a considerarlo a otro. Igual empeño puso Santos en ver si recababa en el Hispanoamérica el premio que iba a crearse y yo estaba encargado de proponerlo, pero consultado el asunto con el Dr. Callejas, tuvo buenas razones para estimar improcedente nuestros propósitos, ya que aún aprobada por la asamblea la creación del premio, como sucedió (justamente en la sesión que yo presidí) no cabía tratarse de adjudicación no estando dictadas las

reglas para ello, siendo esto materia delicada, para tratar de evitar susceptibilidades y disgustos.

En suma, sepa Ud. mi buen amigo, que, mejor o peor las picadas del mosquito hicieron *ronda* y que de ello han hablado periódicos profesionales y políticos con mayor o menor exactitud o acierto en la información (como siempre acontece particularmente con los últimos), divulgando una causa ignorada de muchos, siendo una verdadera revelación eso de que Ud., desde el año de 1881, había incriminado al aludido díptero como propagador de la fiebre amarilla.

Antes de que la presente llegue a manos de Ud. presumo que el cable le lleve algún rumor de los zumbidos del mosquito, pues ha de saber Ud. que se me prepara un banquete para significar la satisfacción con que se acogió la campaña hecha en Madrid acerca del asunto, y claro está que, aunque sea yo quien coma, toda la sustancia ha de ser para Ud. como es de justicia. El amigo Dr. Prendes, siempre tan entusiasta admirador de Ud. no es el que menos ha contribuido para que celebremos la fiesta gastronómica de que le hablé, asociándose él con toda su alma al pensamiento de dar a conocer al *inventor* del mosquito y tributarle pleito homenaje por los felices y nunca bien ponderados resultados a que condujo el *invento* o hallazgo, del que Ud. debe sentirse muy feliz y a mí me proporciona grande satisfacción. Ruégole que salude en mi nombre a los compañeros y amigos que vinieron al Congreso y se mostraron tan afectuosos y benévolos como siempre hacia mí, diciéndole al Dr. Santos Fernández que no se olvide de los encargos que le tengo hechos, uno relativo a los documentos necesarios para que la legación me provean de carta de ciudadanía cubana, puesto que yo no me inscribí y es mi voluntad conservar la ciudadanía cubana y el otro el de que me envíe los dos tomos de los Anales de la Academia de la época en que yo los dirigía, encargo que sin duda se le pasó a Ud. en el trabajo de sus muchas ocupaciones.

Sé que el Dr. Barnet, secretario y auxiliar muy eficaz de Ud. en el departamento a su cargo tuvo la atención de enviarme sus recuerdos por medio de mi suegro y deseo que en mi nombre le corresponda, así como a cuantos compañeros me honren con su afecto, pues que yo lo conservo para todos vivo y fervoroso.

Mucho me gusta saber la campaña emprendida en ésa, contra la tuberculosis y que sea el portaestandarte de tan humanitaria idea el entusiasta Dr. Jacobsen, cuya inteligencia superior y constancia sajona de seguro le proporcionarán éxitos brillantes en sus empeños. Dígale que a ellos me asocio de todo corazón y le felicito por sus iniciativas.

Quisiera escribirle un in folio, porque materia me sobra para ello, pero tengo que limitarme ahora a enviar expresiones al Dr. Le-Roy con quien estoy en descubierto después que tuvo la bondad de enviarme los documentos que yo interesaba, afectos cariñosos a Charles y demás que saben honrar su ilustre apellido; y a Adela (que ya se habrá convencido de que sirven para algo los mosquitos), cuanto quie a de parte de Lola y mía, con un estrecho y cariñoso abrazo de Ud. su mayor admirador e invariable amigo.

CLAUDIO DELGADO.

Recuerdos al Dr. Albarrán.

Escribame cuando pueda, aunque sea con las patas de araña de su habitual escritura.

